

de una inocente broma literaria, de una poesía popular mexicana casi tan auténtica como la poesía lírica de la *Guzla*, de Mérimée. La reputación poética de Pesado nada pierde con ello; al contrario, «éstas que él apellida traducciones, son en realidad de lo más original que salió de su pluma» (1), y, sobre todo, son «magnífica poesía» (2), no sabemos si muy azteca, pero seguramente muy emparentada por una rama con Horacio, y por otra con los libros sapienciales. Quien lea la exhortación del Rey de Tezcucó á gozar los placeres de la vida feliz, no tiene que dudar del primer origen, y quien lea los *Consejos del Padre á la Hija* ó la *Enhorabuena en la coronación de un Príncipe*, no podrá menos de reconocer que el espíritu de la primitiva poesía didáctica y gnómica no le había encontrado Pesado en los jeroglíficos del Anahuac, sino en el libro de la *Sabiduría* y en el *Eclesiastes*.

Realmente, él era poeta bíblico y poeta clásico, y no otra cosa. Se le ha llamado ecléctico, pero el eclecticismo, que tiene un sentido bien determinado en filosofía y en ciencias sociales, no parece que puede aplicarse del mismo modo á los poetas, cuya labor no es de selección científica de ideas sino de creación de formas vivas. Á los poetas se les juzga por su cualidad predominante y por su tendencia habitual. El hecho de haber imitado y traducido algunos versos de Lamartine nada prueba, porque ni estos versos son los más característicos de Pesado, ni Lamartine es muy romántico en la técnica, aunque lo sea muchísimo en el sentimiento.

(1) Montes de Oca.

(2) Pimentel.

Fuera de éste, no sé yo qué poetas románticos pudieron influir en Pesado, ni es tampoco signo infalible de romanticismo el cambio de metros en una misma composición, puesto que lo hacían á cada paso esos poetas italianos del siglo XVIII que Pesado leía tanto, Evasio Leone y Mattei, y lo habían hecho también alguna vez poetas españoles de principios de nuestro siglo como Arriaza y Cabanyes. Pesado es, pues, poeta bíblico de segunda mano, porque no sabía hebreo, y poeta clásico de segunda mano, porque no sabía griego; lo que da muestras de saber muy bien es latín, italiano y castellano. Su clasicismo tampoco es el de nuestro siglo XVIII, ni tiene aquel género de grandeza oratoria que admiramos en Quintana, en Gallego ó en Olmedo, pero está evidentemente derivado del clasicismo italo-español del siglo XVI; su idealismo amoroso es el de los petrarquistas y no el de Lamartine, y si algún eclecticismo de forma hay, nacerá de la indecisión del poeta entre las formas amplias y rozagantes de la escuela de Herrera, y la casta y severa sencillez de la musa de Fr. Luis de León (1).

(1) Para datos de la vida de Pesado nos remitimos á la extensa y excelente *Biografía* que publicó en 1878 D. José M. Roa Bárcena. Baste consignar aquí que nació en San Agustín del Palmar, provincia de Puebla, el 9 de Febrero de 1801, y murió en México en 1861. Generalmente se le considera como hijo de Orizaba, porque allí tenía sus bienes, allí se educó, y allí contrajo su primer matrimonio. En su juventud tomó parte activa en la política, siendo Ministro del Interior en 1838, y de Relaciones Exteriores en 1846. Modificadas luego sus ideas en sentido cada vez más católico y conservador, dedicó á la defensa de la Iglesia sus últimos trabajos, y no aceptó más puesto oficial que el de catedrático de Literatura en la Universidad de México, reorganizada en 1854. Fué, según creo, el primer escritor mexicano que obtuvo el título de correspondiente de la Academia Española. Hay tres ediciones mexicanas de sus *Poesías originales y traducidas*, la 1.^a de 1839,

Por tales méritos y circunstancias, quizá la poesía de Pesado y de sus discípulos esté destinada á ser en lo futuro más bien tenida y estimada por una parte de nuestro caudal clásico que del particular de la literatura mexicana, y en España se recogerá lo que en México se denigra, viniendo á cumplirse así aquel triste vaticinio que estampó el mismo poeta en el prólogo á las obras de su amigo D. Manuel Carpio. «Si está escrito que México, tal como es hoy, deje de existir, y que en él se pierda hasta la hermosa lengua castellana, no por eso se desanimen los mexicanos dotados con el sagrado fuego de la poesía: las obras suyas que merezcan el honor de la inmortalidad, serán trasladadas á la antigua España, y conservadas allí con la ternura y el cuidado que merecen á una madre los últimos despojos de un hijo desgraciado.»

El poeta á quien se referían tales palabras era un médico muy distinguido, á quien unía con Pesado estrecho vínculo de creencias y afectos. Asiduo lector de las Sagradas Escrituras, familiarizado con la topografía de Palestina por las descripciones de los viajeros, no extraño á las primeras investigaciones arqueológicas sobre Egipto, Nínive y Babilonia, que procuró seguir aunque de tan lejos, comenzó á cultivar muy tardíamente la poesía, pasados los cuarenta años, lo cual explica quizá el desmayo y falta de nervio que hay á veces en su estilo, no menos que las muy recomendables cualidades de gra-

la 2.^a de 1840 (ambas por el impresor Cumplido), la 3.^a de 1886 (imp. de L. Escalante). Esta última, publicada por sus hijas, es la única completa, y la única que contiene sus mejores versos, que antes se habían impreso en periódicos y opúsculos muy difíciles de reunir.

vedad religiosa y madurez de pensamiento, claridad y orden lógico en la composición, y ausencia de todo género de extravagancias. El autor sabe siempre lo que quiere decir, y se esfuerza por hacerlo perceptible y llano, hasta caer en giros prosaicos y explicaciones inútiles, enervando su estilo con la fastidiosa interpolación de partículas y modos adverbiales, propios del discurso ó de la conversación, no menos que con adjetivos parásitos que secan y consumen el jugo del sujeto de la oración. Pena da ver encabezada tan bella pieza como *La Cena de Baltasar* con este verso, á toda luz ridículo:

Era la noche, y la *redonda* luna.....

De todos los malos epítetos que pueden darse á la luna, quizá no haya otro más infeliz que este de *redonda*. Y sin embargo, tan en gracia le había caído á Carpio, que todavía le sirvió para aplicárselo á la tierra en el primer verso de su oda *El Diluvio*:

Allá en un tiempo la *redonda* tierra.....

En la misma oda leemos estos versos, que son purísima prosa, nacida del afán que tenía el poeta de dar directamente la razón de todo:

*Y es que el Ángel del piélago salado
La llevaba en sus manos como un arca,
No fuera á ser que acaso naufragara
Entre tanto vaivén del mar inmenso.....*

Estos frecuentes prosaísmos de dicción, y una como lasitud ó flojedad senil en el estilo, son más de reparar en Carpio, porque van mezclados con el más pródigo despilfarro de la vena descriptiva. Es de los poetas más exteriores que pueden hallarse. Hasta la religión tiene en él más de pomposa y magnífica que de íntima.

Por temperamento y por sistema excluía del arte toda idea que no se presentase vestida de formas concretas y sensibles, y le hacía consistir únicamente en el prestigio de una sucesión de imágenes que halagan y deslumbran los ojos; descripciones continuas y sin tasa de armas, de jaeces, de vestiduras ostentosas, de festines, cacerías y combates; el valle del mar Muerto, el palacio y trono de Faraón, la desolación de Babilonia y Jerusalén. Tanta luz y tanta pompa derramadas por igual en todas las partes de la composición y en todas las composiciones; tanta insistencia en detalles pintorescos, que no tienen todos el mismo valor poético, acaban por producir singular monotonía, pobreza verdadera, en medio de la acumulación de tantos tesoros. Sé que no á todos agrada este juicio mío, pero no puedo menos de repetirle, porque no está en mi mano sentir y estimar la poesía con el gusto ajeno, sino con el propio, ni la diferencia de criterio en cosas tales debe ser motivo para tachar de ignorancia á nadie. El conocimiento de la literatura mexicana no es ninguna ciencia incógnita y reservada para algunos privilegiados. Yo, ni á Pesado ni á Carpio, he conocido nunca más que por sus versos, los cuales creo entender lo mismo que todos los demás versos compuestos en mi nativa lengua castellana, y juzgando por la impresión que su lectura me ha producido, no puedo menos de declarar que Pesado vale á mis ojos más que Carpio, así en elegancia y armonía como en variedad de tonos; que su cultura clásica me parece más selecta y su gusto mucho más firme, y que si la reputación de Carpio ha sido menos combatida, lo debe á no haber dejado detrás de sí la suma de odios y rencores políticos que todavía se ceban en la memoria de Pe-

sado. Ni tampoco puede decirse que haya más originalidad en Carpio, que puso en verso páginas enteras del *Itinerario de París á Ferusalén*, de Chateaubriand; lo que hay es más amaneramiento, de donde resulta la ilusión de que tiene más estilo propio.

Nada de esto se entienda en menoscabo del justo aprecio que debe hacerse de las obras de este piadoso, docto y simpático escritor. Sus cualidades poéticas son evidentes, aunque no sean de primer orden. Sin ser romántico, participa algo de la brillantez de color y del lujo asiático de imágenes que introdujo aquella escuela. Cualquiera puede notar, y ya queda dicho, que un reflejo de la prosa de Chateaubriand pasó á sus versos. No es pequeño mérito, por otra parte, haber sentido con tanta intensidad la poesía de los Sagrados Libros, y haber trasladado alguna parte de sus bellezas con cierta grandiosidad épica y con mucho estudio del arte de la palabra. Merece, pues, el noble homenaje que le consagró nuestro D. Casimiro del Collado en estos versos de la elegía que compuso á su muerte, y que recuerdan en concisa y elegante frase los asuntos de sus principales producciones:

Del sacro numen que tu acento anima
 Cuando, de edades bíblicas vestigio,
 Del Gólgota recuerda el gran prodigio
 Ó el terrible escarmiento de Solima;
 La fatídica frase que del muro
 En el festín de Babilonia emerge,
 Ó el mar que se abre, y en su centro obscuro
 Ira y poder de Faraón sumerge;
 Del himno hermoso, en que á tu patria bella
 Proclamas reina de la indiana zona
 Ó el ingente volcán pintas, que de ella
 La indescriptible majestad corona;
 De cuantos versos en raudal sonoro

Tu rica inspiración al viento esparce,
México guardará como un tesoro,
La dulce remembranza, y con tristura
Contemplará, en tu humilde sepultura,
Mudas las cuerdas de tu lira de oro (1).

La mayor parte de los poetas académicos y conservadores que han seguido, así en literatura como en religión y en política, rumbos análogos á los de Pesado y Carpio, viven aún, y esto nos obliga á omitir sus nombres. Entre los muertos es imposible dejar de recordar al íntimo amigo y biógrafo de Carpio, D. José Bernardo Couto, aunque los pocos versos suyos que conocemos, insertos en la *América poética*, de Gutiérrez, y tomados probablemente de la *Colección de poesías mexicanas*, impresa en París en 1836, son demasiado juveniles para que por ellas pueda formarse idea del talento de prosista que luego mostró su autor, ya en el profundo *Discurso sobre la constitución de la Iglesia*, que basta para la reputación del más encumbrado canonista, ya en su ameno y erudito *Diálogo sobre la historia de la pintura en México* (2).

(1) Nació D. Manuel Carpio en Cosamaloapán (estado de Veracruz) el 1.º de Marzo de 1791, y murió en México en 1860. Tradujo los *Aforismos y pronósticos*, de Hipócrates, y algunos otros opúsculos de su profesión, y tomó parte en varias publicaciones de índole religiosa. Se sentó algunas veces en las Cámaras federales, pero nunca tomó parte muy activa en la política, de la cual le retraían su carácter manso y benévolo y sus hábitos de piedad y retiro. La primera edición de sus poesías es de 1849, con un prólogo de Pesado. Después se han hecho otras muchas; la que tengo á la vista es la de México, 1876, con una breve pero primorosa biografía escrita por don Bernardo Couto. Véase también en el tomo III de las *Memorias de la Academia Mexicana* (1891), una conferencia de D. José María Roa Bárcena dada en Orizaba con ocasión del primer centenario del nacimiento del poeta.

(2) Debo á la fineza literaria de D. Francisco Sosa un ejemplar de este *Diálogo*, que en tirada muy escasa se imprimió en México (por I. Escalante), 1872.

Hay que hacer memoria también de D. Alejandro Arango y Escandón (1), que falleció pocos años há, siendo Director de la Academia Mexicana. El señor Arango, autor del mejor libro que tenemos sobre fray Luis de León, se le había propuesto por principal modelo, así en los estudios bíblicos, á que fué muy inclinado, como en el estilo y en la dicción poética. Son modelos intachables de noble reposo, de suave efusión y de acrisolado gusto sus dos odas *En la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora*, la que tituló *Invocación á la bondad divina*, y otra en que glosa este texto: *Domine ut scuto bonae voluntatis coronasti me*. El tomito de sus poesías contiene, además, unos valientes tercetos felicitando á Couto por su defensa de la Iglesia, dos magistrales traducciones de las leyendas italianas de Luis Carrer, *El Caballo de Extremadura* y *La Venganza*, y una pequeña serie de sonetos, entre los cuales, el dirigido *Á Germánico* es una joya digna de la colección de Arguijo.

(1) Nació en Puebla de los Ángeles el 18 de Julio de 1821, en 1831 vino á Europa é hizo en Madrid los estudios de Humanidades. En México se graduó de licenciado en Derecho en 1844. Formó parte de la *Academia poética de San Juan de Letrán*, como casi todos los literatos de su tiempo. Figuró en primera línea en la política conservadora, siendo Secretario de la Asamblea de Notables que ofreció la corona al emperador Maximiliano, y miembro del Consejo de Estado de aquel infelicitísimo monarca. Murió en 28 de Febrero de 1883. Su *Ensayo histórico sobre Fr. Luis de León* se publicó primero en *La Cruz*, revista que dirigía Pesado (1855-56), y luego en tomo aparte (1866). El autor preparaba otra edición muy aumentada, pero no sabemos que llegara á salir á luz. La segunda edición del tomito de sus *Versos* se imprimió en 1879, y no comprende las poesías de su juventud, de que puede verse alguna muestra en la *América Poética*, de Gutiérrez. Tradujo Arango *El Cid*, de Corneille, y *La conjuración de los Pazzi*, de Alfieri. Véase el libro de D. Victoriano Agüeros, *Escritores mexicanos contemporáneos* (México, 1880).

Pocos meses después de Arango descendió al sepulcro otro distinguido humanista, de sus mismas ideas y gusto, el licenciado D. Francisco de Paula Guzmán. En la *Reseña de Actas de la Academia Mexicana* se hace en estos términos su elogio: «Muy versado, tanto en la literatura griega, como en la latina, dió en los últimos años de su vida muestras de su vena poética, que corrió siempre á impulsos del amor divino. Lo encendido de los afectos, la unción con que sabía expresarlos y la sobriedad de su frase, que, correcta y gallarda, era expresión genuina de hondo amor á Dios, lo colocan, á no dudar, entre los poetas místicos más encumbrados y que mejor han hablado la lengua castellana.» El consumado latinista D. José María Vigil, traductor de las sátiras de Persio, ha escrito una necrología de Guzmán, en la cual se dice que en las poesías religiosas de éste «se encuentra unido el apasionado misticismo de Santa Teresa y San Juan de la Cruz con la corrección y clásica elegancia de Fr. Luis de León, el Horacio español.» Alguna hipérbole habrá quizá en estos elogios póstumos, y no conocemos bastantes poesías de Guzmán para confirmarlos ó rectificarlos; pero las tres que hemos leído, es á saber, una oda *Al Sagrado Corazón de Jesús*, una paráfrasis del *Hortulus* atribuido á Virgilio, y otra de un poema cristiano de Próspero Tirón, vate del siglo v, prueban que Guzmán era, no sólo versificador puro y elegante, sino dulce y delicado poeta (1).

(1) Nació en 1844 y falleció en 1884.

Era profesor de latín en la Escuela Preparatoria de México. Meditaba en sus últimos años hacer una versión poética de las Obras de Prudencio.

Como poeta místico y no poco inspirado, debe citarse también al prebendado de la catedral de Puebla, Dr. D. Miguel Jerónimo Martínez, que fa-

Por la serie de hechos expuestos hasta aquí, se habrá inferido que en México la condición de literato *clásico* va generalmente unida á la de conservador en política, y á la de neocatólico, ultramontano, ó como quiera decirse en todo aquello que toca á las relaciones y con-

llecio en 1870, y cuyas poesías fueron publicadas en colección al año siguiente. El siguiente bellissimo soneto que tomamos de una publicación del Sr. Roa Bárcena (*Acopio de sonetos castellanos..... 1877*), prueba que este poeta merece más fama de la que alcanza:

Podando estoy mi solitario huerto
 Hora que, del invierno á los rigores,
 Marchitos aun los árboles mayores
 Tornóse el campo un árido desierto.
 Cuando de galas y esplendor cubierto,
 El Abril pasa derramando flores,
 Del sol, á los vivíficos ardores
 Mis árboles darán su fruto cierto.
 Si otra poda interior hacer pudiera
 Allá en mi corazón y el alma mía,
 ¡Con qué dulce placer, con cuánto anhelo
 En el místico huerto recogiera
 Flores de amor filial para María,
 Frutos de vida eterna para el cielo!

Con los autores últimamente citados, tuvo evidente parentesco en sus estudios clásicos y piadosas tareas un compañero nuestro, á quien la Academia se complace en dar lugar aquí, puesto que fué americano de nacimiento, aunque residió en España desde su primera niñez, sin que por eso perdiese nunca el amor y el recuerdo de la primera tierra que vieron sus ojos. Tal fué D. Fermín de la Puente y Apezchea, nacido en México en 9 de Noviembre de 1821 y muerto en Omoño (Santander), en 20 de Agosto de 1875. Educado en la disciplina clásica de principios del siglo, y celoso partidario del estilo de la Escuela de Sevilla, donde hizo su educación, dióse á conocer en 1834 con unas lozanísimas octavas insertas en *El Artista*, que llevan por título *La Corona de Flora*, y demuestran cuán empapado estaba en la lectura de las *Silvas* de Rioja. En 1845 publicó, con el título de *Dido*, una versión del libro iv de la *Eneida*, en que hay octavas tan valientes y bien construidas como ésta, que por casualidad recuerdo:

No de otra suerte Orestes delirante
 Del triste Agamenón prole maldita,
 Del crimen siente el agujijón punzante
 Y espantosa visión le precipita.
 Huye á su madre, mas la ve delante,
 Que ardiente tea y víboras agita,
 Y al cual las infernales vengadoras
 Posan sobre el umbral á todas horas.

flictos entre la Iglesia y el Estado, así como los escritores que militan en los partidos liberales, propenden más bien á la libertad romántica. Esta regla no es tan general, sin embargo, que no tenga algunas excepciones, y baste por todas la del famoso jurisconsulto D. Ignacio Ramírez, más conocido por su pseudónimo de *El Nigromante*, sectario del ateísmo y del positivismo más crudos, corifeo de la política más radicalmente revolucionaria, principal inspirador y ejecutor de las llamadas leyes de *Reforma* que sancionaron el despojo y venta de los bienes del clero. Este personaje, cuya audacia demoleadora, fría é imperturbable, aterraba á sus propios correligionarios, que le acusaron de comprometer el resultado de su obra por excesiva gala de cinismo: éste fanático de la incredulidad, que llegó á rodearse de cierta aureola mefistofélica: éste terrible y acerado polemista cuya ironía ha llegado á ser comparada con la de Voltaire (aunque suponemos que de la comparación habrá que rebajar bastante, si cambiamos la moneda mexicana en francesa), era, en literatura, clásico como Voltaire: así nos lo persuaden los pocos versos suyos que conocemos, muy esmerados y correctos aunque algo secos; y no lo desmienten sus propias *Lecciones de Literatura* (1),

Muchos años después, cuando el fuego de su inspiración estaba muy apagado, quiso continuar su tarea, y tradujo hasta ocho libros más, si bien sólo dos, el primero y el sexto, llegaron á imprimirse, en 1874. La versificación de estos libros es generalmente muy desmayada, y por todo extremo inferior á la del libro IV. Algo semejante puede decirse de los *Libros sapienciales*, publicación póstuma de 1878. Hombre de ardiente fe y cristiana vida, dedicó á la religión sus mejores inspiraciones, y dejó algunos sonetos místicos de gran precio: el de *La Magdalena* me parece el mejor.

Como individuo de nuestra Academia, contribuyó mucho á la fundación de las Academias Americanas.

(1) Se imprimieron póstumas en México, 1884, por Francisco Díaz de

que son, como él dice, «más bien gramaticales que hisritócas y críticas», y presentan la estética reducida á una fisiología del lenguaje: sentido bastante análogo al del empirismo del siglo pasado. Aunque teóricamente partidario de la independencia literaria y de la creación de una cultura americana, hay en los versos de este indígena de raza pura más timidez académica que genio. El siguiente madrigal puede dar alguna idea de su estilo:

Anciano Anacreón, dedicó un día
Un himno breve á Venus orgullosa;
Solitaria bañábase la diosa
En ondas que la hiedra protegía:
Las palomas jugaban sobre el carro
Y una sonrisa remedó la fuente:
Y la fama contó que ha visto preso
Al viejo vate por abrazo ardiente,
Y las aves murmuran de algún beso.

Al lado de este *epigrama*, que parece traducido de alguno de los más lindos de la Antología griega, pueden ponerse los dos sonetos que en el texto de nuestra colección figuran, y en que se desarrolla con mucho primor de expresión el mismo tema del amor senil, tema

León. Es un libro muy curioso, y he de hablar de él más extensamente en otra parte.

Nació Ramírez en el pueblo de San Miguel el Grande (estado de Guanajuato), en 23 de Junio de 1818, y falleció en 15 de Julio de 1879. Su azarosa vida va íntimamente mezclada con la historia de las agitaciones de su país. Usando de una frase vulgar y de mal gusto, puede decirse que «fué el verbo de la revolución», distinguiéndose siempre por su odio á toda idea religiosa, especialmente al catolicismo, y á todo recuerdo de España. Fué ministro de Justicia y Fomento, y magistrado del Supremo Tribunal. No sabemos si ha llegado á publicarse la colección de sus *Obras* que se anunció tiempo há. Escribió en innumerables periódicos, cultivó la sátira del modo más acerbo, y fué más admirado por su vasta cultura y enérgico estilo que estimado por su carácter mordaz é intransigente.

predilecto de este poeta. Todos sus versos manifiestan sus buenos estudios y la pureza de su gusto. ¿Quién al leer los bellos tercetos *Por los muertos* y *Por los desgraciados*, no descubre al asiduo lector de la *Epístola moral*, aunque el perfume de estoicismo cristiano que embalsama aquella obra maestra se haya disipado en los áridos conceptos materialistas de su imitador:

¿Qué es nuestra vida sino tosco vaso
Cuyo precio es el precio del deseo
Que en él guardan natura y el Acaso?
 Cuando agobiado por la edad le veo,
Solo en las manos de la sabia tierra,
Recibirá otra forma y otro empleo.
.....
Madre Naturaleza, ya no hay flores
Por do mi paso vacilante avanza:
Nací sin esperanzas ni temores,
Vuelvo á ti sin temores ni esperanzas.

Más apacible fisonomía moral y literaria ofrece José Rosas Moreno, que fué también liberal y tampoco fué romántico. Su reputación se funda principalmente en sus *Fábulas*, que han sido altamente elogiadas por críticos de tanto nombre como Altamirano y Pimentel, y que han desterrado de las escuelas de aquella República las insulsas y mal versificadas de Lizardi. Rosas ha dado en las suyas razonable entrada al elemento descriptivo, en *pequeños cuadros brillantes de ligereza, de gracia y de colorido poético* (1), salvando así el escollo de lo prosaico en que fácilmente naufraga el apólogo por su tendencia doctrinal. Pero además de sus fábulas, Rosas cultivó la poesía lírica, propiamente dicha, si no con grande estro ni mucha originalidad, con extremada suavidad y ter-

(1) Son palabras de Altamirano en el prólogo de estas *Fábulas*.

nura, con delicada pureza de sentimiento, á la cual responde lo puro y nítido de la forma. Su espíritu honrado y sereno complácese, sobre todo en los recuerdos del valle de la infancia y de la materna aldea, y aunque no sea muy original, ni en su manera de sentir, ni en la de expresar lo sentido, y deje por esto huella poco honda en el espíritu, agrada siempre por lo apacible y cadencioso de la versificación y por cierta melancolía resignada. Aunque tiene su manera propia, no parece extraño á la lectura de los modernos poetas españoles, y Selgas y Becquer fueron quizá los que más influyeron en él, como más análogos á su índole, especialmente el primero, puesto que al segundo, si le imitó en el sentimiento (1) no quiso remedarle en la incorrección, ni tampoco en la forma heinianas de rimas breves (2).

La dura ley que nos hemos impuesto de prescindir de las obras de los vivos, nos obliga á omitir aquí á poetas de tan alta significación y tanta influencia como Gui-

(1) Estas imitaciones son á veces demasiado directas, verbigracia:

Volvieron al verjel brisas y flores,
Volvieron otra vez los ruiséñores ...
 Mi amor no volverá.

(2) Nació Rosas en la ciudad de Lagos (estado de Jalisco), el 14 de Agosto de 1838, y murió en 13 de Julio de 1883. Fué diputado varias veces y sufrió persecución por sus avanzadas ideas políticas. Aun después del triunfo de ellas vivió en bastante obscuridad y pobreza, dedicado principalmente á la práctica de las virtudes domésticas y á escribir libros de educación para la infancia. Casi todas sus obras pertenecen á este género. Además de sus *Fábulas*, coleccionó sus poesías con el título de *Hojas de rosa*. Dió al teatro bastantes comedias (una de ellas con el título de *Sor Juana Inés de la Cruz*), pero aunque apreciables y apreciadas no lo han sido tanto como sus obras líricas. Algunas de ellas se registran en la colección publicada en Madrid, 1879, por D. Juan de Dios Peza, con el título de *La Lira mexicana*.